

Las crisis gemelas del capitalismo: económica y medioambiental

Fred Magdoff

La historia nos proporciona numerosos ejemplos de estancamiento y colapso económico, así como de degradación medioambiental causada por la actividad humana, antes incluso de la aparición del capitalismo. Pero la característica central del capitalismo, su tendencia imparable a invertir y a acumular riqueza, da lugar a interminables crisis económicas y medioambientales.

La tendencia del capitalismo a generar crisis económicas

Se producen, por descontado, los normales altibajos del ciclo económico, durante los cuales las recesiones causan estragos en muchas vidas y llenan de inquietud e incertidumbre a muchas más. Esporádicamente, además, surgen exageradas burbujas de euforia como sucedió durante la segunda mitad de los años noventa, cuando muchos pensaron que el crecimiento iba a ser perpetuo. En ocasiones tienen lugar también fases recesivas de largo plazo, como la que ha experimentado Japón a lo largo del último decenio. Muchas cosas han cambiado durante el último cuarto de siglo a medida que los capitalistas

• Artículo publicado en *MR*, vol. 54, n° 4, septiembre de 2002, pp. 1-5. Traducción de Ricard Gil. Fred Magdoff es profesor de ciencias de las plantas y del suelo en la Universidad de Vermont. Es autor de numerosos artículos científicos y coautor, con Harold van Es, de *Building Soils for Better Crops* (Beltsville, MD: Sustainable Agricultural Network, 2000). También es coeditor, con John Bellamy Foster y Frederick Buttel, de *Hungry for Profit: The Agribusiness Threat to Food, Farmers and the Environment* (Nueva York: Monthly Review Press, 2000).

se esforzaban por ajustarse a la disminución general del crecimiento y, por consiguiente, a unas menores posibilidades de lucro.¹ Comoquiera que las industrias tradicionalmente productoras han saturado los mercados con mercancías producidas de manera eficiente, la inversión ha virado hacia los sectores minorista y de servicios (incluidos los financieros) de la economía. A pesar de haber crecido en importancia relativa para la economía estadounidense antes de 1980, no fue hasta después de esta fecha que los sectores de servicios iniciaron un crecimiento especialmente rápido a medida que los capitalistas buscaban nuevos centros potenciales de beneficio: restaurantes de comida rápida, soporte informático para empresas, procesamiento de informes médicos, etc. Algunas empresas también han mostrado una tendencia creciente a producir poco o nada. Algunas de ellas han intentado obtener beneficios a partir de la creación de nuevos mercados —como el mercado de la electricidad privatizada creado por los grupos de presión de las corporaciones— para luego comprar y vender el «producto». A semejanza de Enron, muchas firmas de orientación financiera se enorgullecen incluso de ser «ligeras en activos», en el sentido de que sus negocios apenas cuentan con planta industrial física. El objetivo es sacar beneficio de la nada, mediante la especulación y el comercio. La pulsión por acumular capital en un entorno de posibilidades productivas limitadas conduce a interminables ardidés para inducir a la gente a gastar su dinero, así como a la especulación (como si fuera un juego de azar) y al fraude más descarado. ¿Es necesario añadir algo más después de Enron, Xerox, WorldCom y Global Crossing?

Crisis ecológicas del capitalismo

Si bien la tendencia a las crisis económicas es una característica intrínseca del capitalismo, existe una segunda forma fundamental de crisis contemporánea que también se deriva de la incansable búsqueda de beneficios: concretamente, el rápido aumento de la degradación ecológica. El medio ambiente se percibe mejor como un conjunto, con interacciones e intercambios que tienen lugar entre los organismos vivos y entre estos organismos y los aspectos físicos del agua, el suelo y el aire. (Existe también intercambio e interacción entre sustancias en el agua, el suelo y la atmósfera.) Millones de años de evolución han hecho que la mayoría de sistemas naturales hayan ido creando un ciclo eficiente para las sustancias nutrientes y el agua, y permitan que la energía, generada por las plantas verdes mediante la luz solar, fluya como un riachuelo de un organismo a otro (que utiliza al anterior como alimento), de este a otro, y así indefinidamente. La mayoría de sistemas naturales producen aire y agua de alta calidad que permiten la continuación de

la vida. Tomados como un todo, la vasta multitud de grandes y pequeños organismos ocupan todos los nichos ecológicos disponibles, creados en parte por ellos mismos, y se desperdician muy pocos recursos.

Sin embargo, a mediados del siglo XIX Marx llamó la atención sobre lo que él llamó «fractura metabólica», en la que el ciclo natural de sustancias nutrientes se interrumpía a causa de las evoluciones del capitalismo. A la vez que se enviaban alimentos a las ciudades para satisfacer las necesidades de las florecientes poblaciones creadas por la primera industrialización, el suelo se veía diezmado de sustancias nutrientes y los residuos de desperdicios alimentarios, principalmente aguas residuales humanas y basura, contaminaban los ríos. Los problemas ecológicos provocados por esta «fractura metabólica», que contemplada en su más vasto sentido caracteriza la totalidad de las interacciones del capitalismo con la naturaleza, siguen afectándonos en gran medida en la actualidad.²

Con la búsqueda de beneficios como objetivo que anula todos los demás, los efectos adversos sobre el medio ambiente son inevitables. La polución del agua, el aire y el suelo son consecuencias naturales de unos sistemas de producción organizados con el único objetivo de obtener beneficios. Bajo la lógica de la producción y el intercambio capitalistas, no existe un mecanismo inherente que fomente u obligue a la industria a encontrar métodos que tengan un impacto mínimo sobre el medio ambiente. Por ejemplo, los nuevos productos químicos que se descubren como útiles para producir bienes manufacturados son introducidos sistemáticamente en el medio ambiente sin valorar en lo más mínimo si van a causar daños a los humanos o a otras especies. Otro ejemplo es el despilfarro rutinario de antibióticos en la alimentación de animales que se mantienen en condiciones de hacinamiento e insalubridad en instalaciones ganaderas de producción intensiva. Este hecho ha provocado el desarrollo de cepas de organismos causantes de enfermedades resistentes a los antibióticos. Además, el modo en que se ha desarrollado una sociedad centrada en el automóvil, en Estados Unidos y en muchos otros lugares, ha tenido enormes consecuencias medioambientales. Enormes zonas de áreas residenciales se funden a veces en una «megatrópolis», borrando así en parte los límites entre comunidades. El derroche de combustible que significa ir al trabajo en coche es sólo un eslabón más en ese proceso de urbanización en áreas residenciales en las afueras de las ciudades, pues algunas personas trabajan en la ciudad mientras otras lo hacen en las diferentes áreas de las afueras. Ir a comprar a centros comerciales a los que sólo se puede acceder en coche o llevar a los niños a la escuela y a jugar exige recorrer distancias significativas. De este modo se consumen carburantes y metales fósiles no renovables, y las emisiones de gases nocivos causan daños ecológicos.

¿Causará alguna de ambas crisis el colapso del capitalismo?

Algunos adivinos de la izquierda creen que, bien la crisis económica, bien la crisis medioambiental, o ambas, se tornarán tan pronunciadas y graves que el sistema se desmoronará sobre sí mismo. Siempre es peligroso predecir los acontecimientos futuros. Sin embargo, el capitalismo ha demostrado una gran resistencia ante las sucesivas crisis. Cuando se crea un verdadero desafío para el sistema y los medios normales de control dejan de funcionar, una versión del fascismo siempre es una posibilidad. Pero este extremo pocas veces ha sido necesario en aquellos países que constituyen el núcleo del sistema, pues la mayoría de fuentes de información utilizadas por los trabajadores del «Primer Mundo» son poco más que válvulas de propaganda del capitalismo. Los trabajadores suelen estar dispuestos a considerar «normales» su propia posición dentro del sistema, la flagrante disparidad de riqueza y el recurrente empeoramiento económico. Pese a ello, la lucha de clases pasa por flujos y reflujos y la clase trabajadora de los Estados Unidos y de otros países ricos obtiene periódicamente mejoras significativas en forma de sueldos más elevados, seguridad social, seguros de desempleo, etc.; victorias que se verán erosionadas en períodos subsiguientes.

En el último cuarto de siglo hemos visto cómo el capital, en respuesta a los problemas de crecimiento lento y beneficios más bajos de lo deseado, libraba una guerra de clases con la que conseguía en buena parte invertir el sentido de muchas victorias de las clases media y trabajadora, a la vez que impedía nuevas mejoras en sueldos y beneficios para los trabajadores. Cuando se producen las grandes crisis financieras —la bancarrota de las sociedades de ahorro y préstamos, la crisis asiática de 1997-1998, la sempiterna crisis de la deuda del Tercer Mundo, etc.— los representantes del capital se esfuerzan para que el capital se resienta lo mínimo posible, mientras el dolor se extiende entre las masas.

La lucha por problemas medioambientales —degradación de la tierra, el aire y el agua por culpa de venenos y otros productos químicos dañinos; destrucción de grandes zonas de bosque; desaparición de muchas especies— sufre un flujo y reflujo similar al de la lucha de clases. Cuando suficientes personas, entre las que a veces se cuentan representantes del capital, se preocupan y se movilizan ante las amenazas a su propia salud o al bienestar a largo plazo del planeta, se puede producir un verdadero progreso en cuanto a la limpieza del desastre medioambiental que constituye una de las crisis gemelas de la producción capitalista. Por descontado, el capital hará todos los esfuerzos posibles por socializar los costes de dichas limpiezas, utilizando los ingresos fiscales generales siempre que sea posible.

Actualmente estamos viviendo en Estados Unidos un período en el que el capital trata de ralentizar o invertir la recuperación del medio ambiente. El reciente anuncio de que no se destinarán fondos federales a limpiar cerca de la mitad de los treinta y tres emplazamientos que contemplaba el superfondo es un ejemplo preclaro de este contraataque. Aunque algunos esfuerzos destinados a encarar el daño medioambiental, como la construcción de plantas de tratamiento de aguas residuales municipales, se pagan con impuestos locales, estatales o federales, el monumental Superfondo fue creado mediante impuestos sobre las industrias químicas y petroleras. El propósito del Superfondo era limpiar los lugares más contaminados de los Estados Unidos. Fue creado en 1980 como reacción a la ola de indignación a escala nacional que tuvo lugar al descubrirse el desastre sanitario de Love Canal, cerca de Buffalo, Nueva York, donde sobre un suelo infestado de desperdicios tóxicos se había construido una población. En palabras del entonces senador John Heinz, de Pennsylvania: «Los habitantes de Love Canal tuvieron que abandonar sus hogares. En Pittston, Pennsylvania, la gente pasó varios días con temor a inhalar gases de cianuro. En Youngsville, Pennsylvania, los contaminantes de CBP (Compuestos de Bifenil Policlorinados o PBC en sus siglas inglesas) se han filtrado en el suelo a unos noventa metros del suministro de agua de la ciudad. Existen miles de Love Canals, Pittstons y Youngsvilles a lo largo y ancho de América.» Sin embargo, en 1995, el contraataque de las empresas consiguió eliminar el impuesto del Superfondo sobre la industria. La financiación se ha mantenido unos años más mediante la renta pública, pero actualmente el Superfondo está a punto de agotarse. La lucha por la limpieza de las zonas contaminadas continua. El Congreso debate actualmente la necesidad de volver a imponer el impuesto sobre la industria o de destinar parte de la renta pública al Superfondo, y la Agencia de Protección Medioambiental de los Estados Unidos, en un cambio parcial, ha declarado que proporcionará fondos limitados a algunas de las treinta y tres zonas afectadas.

¿Seguirán matando a tanta gente los residuos tóxicos de las industrias? ¿Seguirán ubicándose vertederos tóxicos cerca de las comunidades pobres? ¿Se desarrollarán nuevas cepas de organismos causantes de enfermedades resistentes a los antibióticos? ¿El empobrecimiento del suelo hará más costoso cultivar alimentos? ¿El calentamiento global provocará cambios en los patrones climáticos e inundará las tierras bajas? ¿El escape de algún organismo modificado genéticamente o de un nuevo producto químico para la industria causará inesperados y graves daños ecológicos? ¿La reducción de la capa de ozono en las partes superiores de la atmósfera tendrá como resultado más casos de cáncer de piel? La respuesta a todas estas preguntas es sí.

No obstante, existen pocas razones para creer que ni siquiera los efectos acumulativos de éstos y otros estragos ecológicos vayan a provocar una crisis de tal calibre que haga que el capitalismo se desplome. Un futuro más probable es aquel en el que muchas más personas sufran efectos perniciosos para la salud y el problema medioambiental en general empeore sin provocar una crisis inmediata para el propio capitalismo, que seguirá socializando los costes y externalizando el problema en su conjunto. En realidad, es concebible que la biosfera tal como la conocemos quede irreparablemente dañada (extinción ingente y acelerada de especies, efectos acumulados del calentamiento global, etc.) mientras el capitalismo sigue sacando beneficios durante un periodo considerable en medio de esta destrucción (y en algunos casos como producto de ella).

La ilusión de que las crisis económica y/o medioambiental provoquen la desaparición del capitalismo oscurece la necesidad de una evaluación crítica y una educación sobre cómo estos fenómenos gemelos se hallan intrínsecamente ligados al corazón del sistema. Dicha ilusión ignora también la resistencia que el capitalismo ha demostrado tener ante estas crisis. Lo cierto es que no podemos esperar a que el capitalismo se desintegre y muera debido a sus propias contradicciones internas. Será necesario un movimiento de masas que abarque a una gran proporción de la población para sustituir el capitalismo por un socialismo humano, democrático y medioambientalmente responsable.

Notas

1. John Bellamy Foster y Harry Magdoff (con Fred Magdoff), «El nuevo rostro del capitalismo: crecimiento lento, excedente de capital y endeudamiento gigantesco», véase el capítulo 1 del presente libro.
2. Para un debate sobre este tema: John Bellamy Foster y Fred Magdoff, «Liebig, Marx, and the Depletion of Soil Fertility: Relevance for Today's Agriculture», en Fred Magdoff, John Bellamy Foster y Frederick Buttel, ed., *Hungry for Profit* (Nueva York: Monthly Review Press, 2000).

Capitalismo y ecología: la naturaleza de la contradicción

John Bellamy Foster

La relación social del capital es, como sabemos, contradictoria. Estas contradicciones, a pesar de derivar de las leyes de movimiento internas al capitalismo, se extienden a fenómenos que normalmente se conciben como externos al sistema y amenazan la integridad de toda la biosfera y de todo lo que esta incluye como resultado de la incesante expansión del capital. Así pues, la forma en que hay que entender las contradicciones ecológicas del capitalismo se ha convertido en tema de un encendido debate entre los socialistas. Dos cuestiones centrales de dicho debate son: (1) ¿la crisis ecológica debe conducir a una crisis económica bajo el capitalismo?; y (2) ¿en qué medida existe una contradicción ecológica en el núcleo de la sociedad capitalista?

La cuestión de lo que aquí se debate se entiende mejor si miramos hacia Marx. Uno de los elementos clave en el análisis ecológico de Marx, como ya expliqué en *La ecología de Marx*,* es su teoría de la fractura metabólica. Marx empleó el concepto de una fractura en la relación metabólica entre los seres humanos y la tierra para plasmar la alienación material de los seres humanos de la sociedad capitalista de las condiciones naturales que constituían la base de su existencia. Un modo en el que esto se manifestaba era en la extrema separación de campo y ciudad bajo el capitalismo, que surgió de la separación de la masa de la población del suelo.

• Artículo publicado en MR, vol. 54, n° 4, septiembre de 2002, pp. 6-16. Traducción de Sergio Mas. Ponencia presentada en la Conferencia sobre el Socialismo de Chicago, 15 de junio de 2002.

* John B. Foster, *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, El Viejo Tipo, Barcelona, 2004.

Los químicos del siglo XIX que desarrollaron las aplicaciones de su disciplina a la agricultura, especialmente Justus von Liebig, descubrieron que, debido a la exportación de comida y fibras a la ciudad, la pérdida de nutrientes del suelo —tales como nitrógeno, fósforo y potasio— estaba perturbando el ciclo nutritivo del suelo y perjudicando la agricultura capitalista, al mismo tiempo que enterraba las ciudades en montañas de desechos. En lugar de constituir una forma de producción racional, la industria agrícola británica (el modelo capitalista agrícola más avanzado de su época) podía considerarse según Liebig como «un sistema de robo», debido a sus efectos sobre el suelo. La respuesta histórica del sistema al descenso de la productividad del suelo fue, al principio, la importación de grandes cantidades de abonos del continente y de guano (detritos de aves) del Perú y, más tarde, el desarrollo de fertilizantes sintéticos. Los fertilizantes sintéticos crearon, sin embargo, otros problemas, ya que provocaron otra fractura metabólica más amplia y compleja que provocó una grave desarticulación en las relaciones entre naturaleza y sociedad característica de la industria y de la agricultura contemporáneas.

Marx reconoció que dicha fractura metabólica planteaba un problema de sostenibilidad. En un pasaje muchas veces citado, señalaba que el capitalismo socavaba la vitalidad de las fuentes de la riqueza: el suelo y el trabajador. El problema de la fractura metabólica tampoco se reducía al suelo. Marx desarrolló una teoría de la sostenibilidad —la conservación y, si era preciso, la restauración de la tierra, de modo que esta pudiera pasar en una situación igual o «mejorada» al siguiente eslabón de la cadena generacional—, teoría que planteaba directamente cuestiones como el reciclaje de los nutrientes del suelo, la contaminación, las condiciones sanitarias, la deforestación, las inundaciones, la desertificación, el cambio climático, el reciclaje de los residuos industriales, la diversidad de las especies, la mercantilización de las especies y otras cuestiones. Sus estudios de la teoría de la evolución, estrechamente relacionados, lo llevaron a la noción de la coevolución. Su conflicto con Malthus lo obligó a considerar los orígenes históricos, más que naturales, de la sobrepoblación (terminó que Marx sí que utilizó, y Malthus no). El análisis marxiano de la acumulación primitiva indicaba que la separación de los trabajadores de la tierra era la contradicción originaria del capitalismo. Su crítica de la economía política destacó la mercantilización de todo en la vida y el papel dominante que desempeñaba la acumulación sin fin, enraizada en el valor de cambio como opuesto al valor de uso. Citando a Thomas Müntzer, líder revolucionario alemán de la guerra de los campesinos del siglo XVI, Marx observaba: «es intolerable que todas las criaturas se hayan convertido en propiedades; el pez en el agua, los pájaros en el aire, las plantas en la tierra: todos los seres vivos tienen también que liberarse».¹

Sin embargo, está de moda en algunos círculos ecosocialistas no insistir tanto en la riqueza de las intuiciones que Marx ofreció, como subrayar lo que se consideran los graves defectos del análisis de Marx que le impidieron desarrollar un marxismo ecológico completo. Alan Rudy, desde su colaboración en *Capitalism, Nature, Socialism*, la revista editada por James O'Connor y principal órgano del ecosocialismo, afirma que «una de las limitaciones de la ecología de Marx [...] es que Marx no teorizó la “fractura metabólica” como un momento importante en las tendencias a la crisis del capitalismo». Este punto ha sido desarrollado de modo más amplio por O'Connor, que ha argumentado que, aunque Marx reconoció la existencia de «métodos ecológicamente destructivos» en la agricultura, «nunca consideró la posibilidad» de que la degradación ecológica «pudiera amenazar con una crisis económica de un tipo particular, a saber: la subproducción de capital» debido a los impedimentos de las condiciones naturales de producción. De ahí que Marx, según O'Connor, no «sumara dos y dos» para desarrollar una teoría de cómo el aumento de los gastos ecológicos contribuía a disminuir la rentabilidad y a una crisis de la acumulación. Su análisis, pues, no acierta a formular el marco conceptual que O'Connor ha etiquetado de «marxismo ecológico».²

Las contribuciones teóricas del propio O'Connor son un intento de hacer lo que Marx no supo hacer: demostrar cómo los perjuicios que provoca el capital a las condiciones de producción generan una forma específica de crisis económica para el capitalismo, lo que O'Connor ha llamado «la segunda contradicción del capitalismo». El autor defiende que el capitalismo ha estado siempre acosado por una «primera contradicción»: la tendencia a la crisis económica asociada al aumento de la tasa de plusvalor y los consiguientes impedimentos para la realización del plusvalor o beneficios mediante la venta de bienes y servicios debido a las desigualdades en rentas y riqueza. Esta primera contradicción representa la crisis económica que se manifiesta por el lado de la demanda (es decir, por el lado de la realización de los beneficios).

No obstante, según O'Connor, al centrarse únicamente en la primera contradicción, los críticos socialistas del capitalismo han ignorado la segunda contradicción asociada a la socavación de las condiciones de producción del capitalismo. El autor introduce una útil distinción a partir del análisis de Marx entre tres tipos de «condiciones de producción»: (1) las condiciones personales de producción asociadas con la reproducción de la fuerza de trabajo humana; (2) las condiciones naturales-externas de producción (bosques, campos de petróleo, suministros de agua, especies de aves, etc.), y (3) las condiciones generales-comunitarias de producción (el medio edificado, por ejemplo: las ciudades, incluida su infraestructura urbana). Lo que otorga a todos esos elementos el estatus de condiciones de producción es el hecho de que no han

sido producidos (o plenamente producidos) por el capitalismo, sino que son más bien “mercancías ficticias”, para utilizar el término de Karl Polanyi. El capitalismo no produce directamente seres humanos, ni siquiera la capacidad para el trabajo, por mucho que desee tratar la fuerza de trabajo como una mercancía más. Tampoco produce la naturaleza externa. Por su parte, el medio edificado emerge de un modo que viene dictado por factores espaciales y temporales que tampoco están directamente sujetos a la ley del valor.

Por lo tanto, el capital depende para su producción del uso y la transformación de las *condiciones* naturales de producción, que representan en cierta medida bienes naturales escasos y que el sistema económico es incapaz de preservar intactos de un modo relativamente carente de costes. La degradación de dichas condiciones de producción genera un aumento de los costes para el capitalismo y reduce los beneficios por el lado de los costes (o de la oferta), de ahí la «segunda contradicción» del capitalismo. En su libro *The Enemy of Nature*, Joel Kovel, en la línea de O'Connor, habla de la crisis ecológica que surge de la degradación por parte del capital de sus propias condiciones de producción en una escala cada vez mayor como una «férrea necesidad». Señala que «tal degradación tendrá un efecto contradictorio en la propia rentabilidad [...], bien directamente mediante el deterioro de la base natural de producción que entra en crisis, o indirectamente» a través de la reinternalización de los «costes que han sido expulsados para hacerlos recaer en el entorno».³

O'Connor identifica lo que denomina la «teoría ecologista marxista» enteramente con esta «segunda contradicción», a la vez que señala que la primera contradicción es la relacionada con el «marxismo tradicional». Tanto la primera como la «segunda» contradicción toman la forma de tendencias a la crisis económica y ambas existen simultáneamente en este momento histórico. Pero este argumento sugiere que la «segunda contradicción» y, por lo tanto, las contradicciones económicas por el lado de la oferta derivadas de los aumentos de los costes son ahora dominantes. El capitalismo está pues atrapado en una tendencia a la crisis económica vinculada a la subproducción de capital consecuencia del hecho de haber perjudicado sus propias condiciones de producción: una forma de crisis económica que, en palabras de O'Connor, tiene más que ver con las barreras *externas* o naturales que con las *internas* o antagonismos de clase del sistema.

Una parte importante de esta argumentación es el modo en que todo eso se vincula al desarrollo de los movimientos sociales radicales contemporáneos. La primera contradicción se asocia al movimiento obrero de clase y, en la medida en que este todavía podemos decir que existe, se encuentra en vías de desaparición si se lo compara con los nuevos movimientos sociales surgidos de la «segunda contradicción». O'Connor pretende que hay tres tipos

de nuevos movimientos sociales y que cada uno de ellos tendría su contrapartida en la socavación de una condición de producción distinta: movimientos como el feminismo, que se ocupan de las políticas del cuerpo, surgen ante la socavación de las condiciones personales de producción; el movimiento ecologista (medioambientalista) propiamente dicho tiene su origen en la socavación de las condiciones naturales-externas de producción, y los movimientos urbanos tienen su origen en la socavación de las condiciones generales-comunitarias de producción.

Después de lo dicho, el poder de la tesis de la «segunda contradicción» y los motivos de su influencia en el pensamiento socialista (y no socialista) parecen evidentes. Eso proporciona una única argumentación lógica que relaciona la escasez ecológica, la crisis económica y el desarrollo de los nuevos movimientos de cambio social. Sin embargo, en mi opinión, hay algunas dificultades en este enfoque que limitan su propio campo de aplicación.

Una forma de entender cómo ha dividido a los analistas socialistas del ámbito ecologista la identificación de una «segunda contradicción» del capitalismo como la tesis definitoria del marxismo ecológico es la que puede apreciarse en el reciente debate en la revista *Capitalism, Nature, Socialism* bajo el título de «Marx's Ecology or Ecological Marxism» [¿La ecología de Marx o marxismo ecológico?]. El término «ecología de Marx», en este caso, se refería claramente al título de un libro mío, pero el sentido de los argumentos presentados por los críticos era que la propia contribución de Marx a la ecología, tal y como se la describía en dicho libro, era deficiente precisamente porque no conducía al «marxismo ecológico» tal y como lo encarna la «segunda contradicción» de O'Connor. Más concretamente, lo que se observaba era, como antes indicaba, que Marx no explicó de qué forma la crisis ecológica generaba para el capitalismo una crisis de acumulación y, por lo tanto, su análisis era incompleto, no sistemático y no desarrollado. Así pues, según las palabras que utiliza Rudy para expresar dicho punto de vista: «los análisis del papel de las crisis ecológicas dentro de las crisis del capitalismo» quedaron «subdesarrollados».⁴

Pero ¿es razonable pretender que una aproximación marxista a los problemas ecológicos debe conducir necesariamente a una teoría de las crisis económicas bajo el capitalismo? ¿Es necesario que el grado de desarrollo que se le atribuya a un análisis ecologista marxista venga determinado por el grado en que este sirva de base a una teoría específica de la crisis económica? Cuando el problema se encuadra de ese modo, se introduce subrepticiamente un cierto economicismo y un cierto funcionalismo. Toda la fuerza de la concepción de la «segunda contradicción» es que, una vez que el daño ecológico se transforma en una crisis económica del capitalismo, se pone en

marcha un mecanismo de retroalimentación, tanto directamente (a través del intento del capital de frenar el aumento de los costes de producción asociados a la socavación de las condiciones de producción) como indirectamente (a través de los intentos de los movimientos sociales de forzar al sistema a interiorizar lo externo, es decir, a pagar los gastos sociales y medioambientales que el capital ha intentado externalizar, lo que lo empuja, por lo tanto, en la dirección de una producción ecológicamente más sostenible). Lo que se presupone, obviamente, es que la crisis económica derivada de causas ecológicas es una oportunidad para la izquierda, un tren al que subirse, por así decirlo, y que, además, permite forjar una alianza entre un movimiento obrero basado en la clase y los nuevos movimientos sociales.

Mi postura, sin embargo, es que no existe tal mecanismo de retroalimentación, al menos para el capitalismo como un todo. Como han dicho los Verdes alemanes, el sistema reconocerá que el dinero no se come sólo cuando el último árbol haya sido cortado, no antes.⁵ No deberíamos subestimar la capacidad del capitalismo para acumular en medio de la destrucción ecológica más flagrante, de sacar provecho de la degradación medioambiental (por ejemplo, a través del desarrollo de la industria de gestión de residuos) y continuar destruyendo la Tierra hasta un punto sin retorno tanto para la sociedad humana como para la mayoría de las especies vivas. En otras palabras, los peligros de que se dé un agravamiento del problema ecológico *son cada vez más serios*, porque el sistema no cuenta con un mecanismo regulador interno (ni externo) que le obligue a reorganizarse. No existe una contrapartida ecológica del ciclo económico.⁶

No hay razones para creer que el daño infligido al medio ambiente sea más serio cuando afecta principalmente a las condiciones de producción que, por definición, incluyen los elementos del entorno físico-natural que han sido sustancialmente incorporados al sistema. La selva amazónica habrá proporcionado madera de construcción y otros recursos para el capital, pero en su mayor parte ha estado hasta hace poco fuera de lo que podemos llamar las condiciones de producción del capitalismo. El 50% de todas las especies que se cree que habitan en las selvas tropicales y que están actualmente amenazadas de extinción en cuestión de décadas no sólo no han sido incorporadas en su mayor parte al proceso global de acumulación, sino que la mayoría de ellas siguen sin documentar, aún desconocidas para la ciencia. Si tomamos el caso de la capa de ozono, que se ha reducido enormemente y pone en peligro la existencia misma de la vida en la Tierra, sería claramente un error tratar de reducirlo a un análisis de las condiciones de producción (como si se tratara simplemente de una condición previa de la economía y no una condición a priori de la vida tal como la entendemos).

Todo ello sugiere que una postura centrada en las condiciones de producción y en la «segunda contradicción» del capitalismo tiende a minimizar las dimensiones reales de la crisis ecológica e, incluso, el impacto del capitalismo en el medioambiente, al tratar de encorsetarlo todo dentro de una teoría específica de la crisis económica. La tendencia del capitalismo a desplazar los problemas medioambientales (el hecho de que utiliza toda la biosfera como un gigantesco basurero y, al mismo tiempo, es capaz de pasar en cierta medida de un ecosistema a otro aplicando, como dijo Marx, el principio de «después de mí, el diluvio») significa que la Tierra sigue siendo en buena medida «un regalo sin cargo para el capital». No hay ninguna perspectiva de que eso vaya a cambiar fundamentalmente, dado que el capitalismo es, en múltiples aspectos, un sistema de costes no pagados.

Lo que estoy diciendo aquí se puede ilustrar mediante una referencia al informe de la Administración Bush *Climate Action Report 2002* [Informe de Actuaciones Climáticas], sobre el calentamiento global, publicado por la Agencia de Protección del Medioambiente (EPA en sus siglas inglesas). La EPA reconocía los peligros que representa el calentamiento global para las condiciones de vida y para la vida misma, aunque subrayaba que en los Estados Unidos el daño medioambiental sería más visible en el derretimiento de las nieves de las montañas y otras cosas por el estilo. Al tratar de las condiciones de producción de la agricultura, se sugería que el calentamiento global podría incluso aumentar la productividad agrícola en su conjunto. Esa falta de conexión clara entre el daño medioambiental y el daño a las condiciones económicas de producción se utilizó (a través de un análisis estándar coste-beneficios) para justificar una política de *adaptación* al calentamiento global tal como este se fuera desarrollando, en lugar de tomar medidas para disminuir el alcance del calentamiento global (dado que esto aumentaría los costes de producción).

De ahí se sigue que no hay ningún mecanismo natural de retroalimentación que automáticamente transforme la destrucción medioambiental en un aumento de costes para el capital (por mucho que esta pueda suponer un coste para la sociedad y para la naturaleza). Y si los movimientos sociales intentan contener los daños «regulando» el capitalismo, no hay ninguna seguridad de que tal regulación vaya a reducir los márgenes de beneficios por el lado de los costes forzando al capital a reformarse (o de que eso no vaya a llevar a nuevos modos de sacar beneficio de la destrucción medioambiental). Por lo tanto, hay todas las razones para dudar de que una crisis económica a partir principalmente de esas causas sea inevitable en el futuro próximo.

En mi opinión, existen también problemas empíricos en la teoría de la crisis económica ecológicamente inducida. Desde un punto de vista lógico, es cierto que el aumento de los costes de las materias primas y otros costes aso-

ciados a la escasez natural podría socavar los márgenes de beneficios y generar una crisis económica. Dicho factor tuvo ya su papel en las crisis de acumulación del siglo XIX, tal y como refleja la teoría clásica de la tendencia decreciente de la tasa de ganancias. Siempre es importante para el capital mantener bajos esos costes asociados a la escasez natural, pero no hay ninguna prueba de que dichos costes supongan hoy una seria barrera para el sistema en su totalidad, insuperable para la acumulación. Como indicó Marx en su época, el agotamiento de las minas de carbón podría acabar por incrementar el coste del carbón, pero mientras eso sucede, la producción se ve a menudo estimulada por la caída en los costes de la energía.⁷

Tampoco la reducción de la contaminación supone un peso insoportable para el capital. Los cálculos del Gobierno, basados en los informes de los ejecutivos empresariales, indican que las empresas están preocupadas por los crecientes costes medioambientales, pero este tipo de pruebas no constituyen una base muy sólida para sostener que los costes medioambientales estén reduciendo realmente los márgenes de beneficio en su conjunto y no deben ser tomados más en serio que las continuas quejas de los ejecutivos respecto a los costes salariales que reducen los beneficios. De hecho, yo sostendría (aunque, naturalmente, no pueda desarrollar aquí el argumento por falta de tiempo) que la principal tendencia a la crisis económica del capitalismo sigue siendo la tasa creciente de explotación y, por lo tanto, la ampliación de los márgenes de beneficio y su incapacidad para realizar la plusvalía (lo que O'Connor llama la primera contradicción).

Una dificultad adicional de la idea de una «segunda contradicción» del capitalismo —como forma de definir el marxismo ecológico— es que nos obliga a adoptar una perspectiva económica dualista de la que resulta difícil escapar una vez que se ha entrado. Habría dos contradicciones del capitalismo (ambas tendentes a la crisis económica): una interna, que emana principalmente de la lucha de clases, y otra externa, que deriva de la socavación de las condiciones de producción. Estas generan, a su vez, dos tipos de movimientos sociales: los movimientos de clase tradicionales derivados de la primera contradicción y los nuevos movimientos sociales derivados de la segunda contradicción. Naturalmente, esto sugeriría una alianza entre los dos tipos de movimientos basada en la fuerza combinada de las dos contradicciones. Sin embargo, como la «segunda contradicción» es la actualmente dominante, y los nuevos movimientos sociales están por lo tanto más vivos que el movimiento de clase, este tiende a tener un papel subordinado en esa estrategia y en ese análisis. El marxismo ecológico, entendido de este modo, es un enfoque que contempla claramente la lucha de clases basada en las relaciones de producción como algo de segundo rango. Este tipo de

argumento divide el movimiento de manera artificial (añade, así, un nuevo estrato teórico a las divisiones ya existentes) y reduce el alcance de las esperanzas. Como ha dicho Kovel, representante de este punto de vista, en su libro *The Enemy of Nature*: «no existe un agente privilegiado de la transformación ecosocialista» (la revuelta de clase no es necesariamente la clave).⁸

Mi intención aquí no es negar la relevancia de la teoría misma de la «segunda contradicción» ni cuestionar el hecho de que haya iluminado importantes aspectos del problema de la ecología bajo el capitalismo. Hay ciertamente crisis concretas que pueden plantearse con éxito desde esta perspectiva. Tampoco quisiera negar a James O'Connor su enorme contribución al socialismo ecológico. Mi intención es más bien argumentar que existe el peligro de que desarrollemos un análisis marxista del problema ecológico que resulte demasiado economicista, demasiado limitado, demasiado funcionalista y demasiado inclinado al dualismo económico —y, por supuesto, demasiado poco dialéctico— que nos impediría explorar la contradicción ecológica del capitalismo en toda su dimensión.

Tiene sentido aquí volver una vez más a Marx. Si tuviéramos que buscar un ejemplo en el siglo XIX de socavación de las condiciones de producción al estilo de lo sugerido por la teoría de la «segunda contradicción» de O'Connor, no podríamos encontrar un ejemplo mejor que la crisis de la agricultura provocada por el despojo de los nutrientes del suelo. Dicha crisis del suelo se hizo ampliamente visible en Europa y en los Estados Unidos a partir de la década de 1840 y sólo se resolvió de manera fortuita: debido, primero, a la irrupción de los cadáveres surgidos de los campos de batalla europeos; después, a través de la importación masiva de guano del Perú, y poco más tarde, gracias al desarrollo de los primeros fertilizantes sintéticos que ya habían empezado a usarse en tiempos de Marx y que culminaron en los fertilizantes derivados del nitrógeno en la época de la Primera Guerra Mundial. Habría sido posible, por lo tanto, para Marx haber subrayado los costes ecológicos y las barreras a la acumulación que esa crisis del suelo generó. Sin embargo, en lugar de insistir en ello, insistió en la fractura metabólica: el problema ecológico estructural mucho más amplio del que esa crisis del suelo era reflejo y que era irreparable bajo el capitalismo, a pesar de que la tecnología —en este caso los fertilizantes sintéticos— pudiera ofrecer un remedio temporal.

No sólo optó Marx por no insistir en cómo los problemas ecológicos que observaba contribuían a la crisis económica, sino que tampoco discutió su influencia directa en la superación revolucionaria del capitalismo, que a él le parecía inminente.⁹ En este aspecto, por el contrario, él estaba principalmente preocupado, y cada vez más, por cuestiones de sostenibilidad y por la regulación racional del metabolismo de la sociedad humana y de la natu-

raleza (a través de la organización del trabajo humano). Esa era para él una cuestión central en la construcción de una sociedad comunista, sociedad que debía tener una nueva relación con la naturaleza.

Sin duda, fue precisamente por el gran énfasis que Marx y Engels pusieron en la disolución de la relación antagonista entre el campo y la ciudad como clave para superar la alienación de la humanidad con respecto a la naturaleza por lo que tendieron a ver el problema ecológico en términos que transcendían tanto los estrechos horizontes de la sociedad burguesa como los objetivos inmediatos del movimiento proletario. Cuidadosos para evitar caer en la trampa del socialismo utópico, que proponía modelos para una sociedad futura que iban mucho más allá del movimiento existente, subrayaban sin embargo (como Fourier y algunos de los otros socialistas utópicos) la necesidad que tenía el movimiento de plantear la cuestión de la alienación de la naturaleza en su intento de crear una sociedad sostenible.

Hoy en día, la crisis ecológica tiene mucha más importancia en nuestra concepción de la revuelta anticapitalista, hasta un grado que Marx ni vio, ni podía percibir. Pero nuestra visión global de los rasgos ecológicos de una revolución socialista apenas si es más radical que las previsiones del propio Marx, con su idea de disolver las relaciones antagonistas entre campo y ciudad y su intento de superar la fractura metabólica a través de una producción sostenible basada en una sociedad comunitaria de productores libres asociados. Cuando William Morris desarrolló sus ideas para la reorganización de las relaciones entre campo y ciudad en su obra *News from Nowhere*,* consciente o inconscientemente estaba muy cercano al espíritu de Marx.

No tenemos más razones hoy de las que tenía Marx en su día para limitar el análisis de las contradicciones ecológicas a lo que sea susceptible de incorporarse a alguna teoría específica de la crisis económica. Puede ser que la teoría de la crisis económica esté sobreestimada, incluso fetichizada. Permítanme que ponga un ejemplo: durante muchos años, economistas políticos marxistas de distintas orientaciones se han dedicado a producir diversos y elaborados intentos de explicación de las tendencias imperialistas del capitalismo —es decir, de la tendencia del centro del sistema a explotar a la periferia— recurriendo a diferentes teorías de la crisis económica. El problema de todos esos enfoques, en mi opinión, es que perdían de vista el punto clave: el imperialismo no es producto de esta o aquella crisis económica (ni su importancia radica en cómo, por su parte, influye en los fenómenos de las crisis económicas), sino que es tan esencial al sistema en un determinado estadio de su desarrollo histórico como la búsqueda de beneficios. En otras palabras, el

* William Morris, *Noticias de ninguna parte*, Ed. Hacer, Barcelona, 1981.

imperialismo es un producto necesario del capitalismo como fuerza globalizadora y, en la medida en que el propio Marx se ocupó del imperialismo, fue básicamente en este sentido. Las crisis económicas pueden complicar las cosas, pero los intentos de contemplar toda la realidad del imperialismo a través del prisma de las crisis económicas sólo oscurecen su esencia.

En el caso de la degradación ecológica, estamos tratando con un problema del capitalismo (y no sólo del capitalismo) de primer orden, no de segundo orden. La degradación ecológica, como el imperialismo, es tan esencial al capitalismo como la búsqueda misma de beneficios (que en buena medida depende de dicha degradación). El problema medioambiental tampoco debe contemplarse sólo a través del prisma económico, en el sentido de creer que su importancia deriva de la medida en la que genera crisis económicas para el capitalismo. Como señaló Rosa Luxemburg, los cantos de los pájaros estaban muriendo, no porque fueran parte directa del capitalismo o de sus condiciones de producción, sino simplemente porque su hábitat estaba siendo destruido en el proceso de expansión ilimitada del sistema. De modo correcto, Luxemburg no conectó ese fenómeno con la crisis económica, aunque esto no la frenó a la hora de quejarse de la destrucción de lo que ella llamaba las «pequeñas criaturas indefensas».¹⁰

Sin duda, Luxemburg creía que la economía podía organizarse bajo el socialismo de forma que se redujera dicha destrucción, pero sus razones para defender el cambio no eran, en este caso, económicas, aunque sí que eran coherentes con el materialismo. La fuerza esencial del análisis marxista nunca ha consistido básicamente en una teoría de la crisis económica, ni siquiera en su análisis de la lucha de clases como tal, sino que esta se encuentra en un nivel mucho más profundo: en su concepción materialista de la historia, tanto de la humana como de la natural, entendida de la única manera posible, es decir, como un proceso dialéctico e ilimitadamente contingente. Eso implica superar de un modo no reduccionista la separación entre ciencias sociales y naturales-físicas que ha sido una de las principales consecuencias de la alienación intelectual de la sociedad burguesa.

Quisiera referirme, para acabar, a la reciente desaparición de Stephen Jay Gould, uno de los más grandes pensadores evolucionistas desde Darwin. Gould era un marxista cuyo marxismo había aprendido, como explica en su obra cumbre *La estructura de la teoría de la evolución*,* en las rodillas de su padre. Era también un materialista, un pensador conscientemente dialéctico, un crítico de la reificación y del reduccionismo, un teórico de la evolución, un analista de los

* Existe traducción española, *La estructura de la teoría de la evolución*, ed. Tusquets, Barcelona 2004 [T.].

problemas ecológicos, un defensor de la enorme contingencia de la existencia humana y natural y un defensor de la libertad humana. Era, en mi opinión, y de acuerdo con cualquier definición significativa, un marxista ecologista.

Notas

1. Müntzer, *Collected Works*, p. 335; Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 3, p. 172. [Aunque Bellamy Foster no lo diga, se refiere a la edición inglesa de la editorial Progreso de Moscú, publicada en colaboración con International Publishers de Nueva York, 1975-2005. El vol. 3 corresponde a los escritos de Marx de los años 1843-44; más concretamente, esta cita de Müntzer aparece dentro del texto *Sobre la cuestión judía*, y cita un panfleto de Müntzer de 1524; el lector español dispone de varias traducciones de este texto de Marx, la última traducida y anotada por A. Hermosa en Ed. Santillana, Madrid, 1997 (T.)]
2. Alan Rudy, «Marx's Ecology and Rift Analysis», *Capitalism, Nature, Socialism* 12, junio de 2001, p. 62; James O'Connor, *Natural Causes*, Nueva York, Guildford Press, 1998, pp. 160, 165, 173. En el contexto en que se realiza la afirmación que citamos aquí, Rudy me asigna esa misma crítica de Marx. Mi punto de vista, sin embargo, es bastante diferente, como este artículo debería demostrar.
3. Joel Kovel, *The Enemy of Nature*, Londres, Zed Press, 2003, pp. 39-40.
4. Alan Rudy, contribución a «Marx's Ecology or Ecological Marxism», en *Capitalism, Nature, Socialism* 12, septiembre de 2001, p. 143.
5. Véase Elmar Altvater, «Ecological and Economic Modalities of Time and Space», en Martin O'Connor (ed.), *Is Sustainable Capitalism Possible?*, Nueva York, Guilford Press, 1994, pp. 88-89.
6. Lo más cercano a una teoría cíclica a este respecto es la teoría de Karl Polanyi del «doble movimiento», que hace referencia al ciclo político de regulación-desregulación vinculado a los intentos del capitalismo de regular sus «mercancías ficticias» (las condiciones de producción). Sin embargo, el doble movimiento no tiene papel alguno en la teoría de la «segunda contradicción».
7. Marx, *Teorías de la plusvalía*, Parte 3 (p. 368 de la traducción inglesa de la edición rusa en Progress Publishers, *Theories of Surplus Value*, 1971, Moscú). Como se señala en *The Economist*: «hay hoy más reservas conocidas de petróleo que hace tres décadas [...] El temor a la escasez impulsó inversiones que produjeron mejores formas de producir petróleo y motores más eficaces». *The Economist*, «Working Miracles: Can Technology Save The Planet?», 6-12 de julio de 2002, p. 13.
8. Para críticas a la tesis de la segunda contradicción similares a las ofrecidas aquí, véase Paul Burkett, «Fusing Red and Green», *Monthly Review* 50, febrero de 1999, pp. 47-56, y su *Marx and Nature*, Nueva York, St. Martin's Press, 1999, pp. 193-197.
9. Sería, por supuesto, erróneo decir que Marx no se ocupó de los costes ecológicos como una posible causa de crisis económica bajo el capitalismo. Por ejemplo, su estudio de la tendencia de la tasa de ganancias a disminuir contemplaba el aumento de los costes de materias primas como uno de los potenciales factores de una crisis general de rentabilidad. Véase Michael Lebowitz, «The General and Specific in Marx's Theory of Crisis», en *Studies in Political Economy* 7, invierno de 1982, pp. 9-13.
10. Rosa Luxemburg, *Carta a Sonia Liebknecht*, 2 de Mayo 1917 (en la edición americana *Letters*, Atlantic Highlands [Nueva Jersey], Humanities Press, 1993, pp. 202-203).